

HERNANDEZ: y su ideal cartujano

Dos nombres han quedado íntimamente fundidos en la memoria de todo venezolano: José Gregorio Hernández y la Cartuja de Farnetta.

Ideal fervidamente acariciado durante largos años, la Cartuja polarizó los ensueños y más nobles aspiraciones del Doctor Hernández.

Ideal vivido profundamente durante nueve meses, significó para Hernández el período más pleno de su vida interior.

Ideal que a la fuerza tuvo que abandonar, seguirá siendo durante el resto de su vida un eco doloroso de nostalgia, un sueño inverosímil prematuramente desvanecido.

¿Por qué se vió compelido Hernández a abandonar la Cartuja de Farnetta, después de haber soñado con ella a lo largo de su vida? ¿Falta de auténtica vocación? ¿Excesivo rigorismo en la interpretación de ciertas exigencias, por parte de los superiores de la Cartuja? He ahí otras tantas preguntas que se han formulado historiadores de Hernández. En verdad es uno de los episodios de su vida sobre que mayores hipótesis se han tejido.

Una carta autógrafa dirigida por Hernández a su íntimo amigo de toda la vida, el Doctor César Domínicí, nos da suficiente luz para descifrar el aparente enigma de su salida de Farnetta. En ella, con humildad de santo, explica confidencialmente a su amigo los motivos que tuvo para abandonar la Cartuja. Su sola lectura basta para disipar las infundadas interpretaciones que achacan a incomprensión y exceso de rigor, por

parte de los superiores cartujanos; el doloroso paso de la vida de Hernández.

Antes de dar a conocer este precioso documento, el cual debemos a la fina gentileza del Doctor Domínicí, me permitiré esbozar unas líneas acerca del solemne marco donde transcurren esos meses cartujanos, así como de la vida íntima del cartujo. Sólo entonces nos será dado comprender lo que Farnetta significaba para Hernández y medir el hondo surco de añoranza que la separación de la Cartuja abrió en su alma, sensible y exquisita.

Las impresiones que traduzco al papel, fueron por mí directamente vividas en la visita que, hace algunos meses, hice a Farnetta con el deliberado propósito de conocer el escenario íntimo de la vida de Hernández. Durante un día y una noche, pude seguir de cerca la jornada cartujana.

¡Oh sagrada soledad!

En Farnetta todo es íntimo, sagrado y majestuoso.

Recostada a la falda de un gran monte; apartada varios kilómetros de toda vía de comunicación; la Cartuja permanece envuelta en su halo fragante de silencio, de rosales y apretados pinares.

Paisaje milagroso, que sólo se encuentra en el corazón de Toscana.

Entrar en Farnetta es recibir de golpe la sensación de que se han cortado, con gesto definitivo, las últimas amarras que mantienen atado el espíritu al fosforescente vaivén de lo aparente.

Entrar en Farnetta es catar la soledad sabrosa, el aire tenue y delicado, la impasible serenidad de las cosas diáfanas.

En ningún otro rincón del mundo tienen tan hondo sentido las inspiradas estrofas de Juan de la Cruz:

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

En ningún otro ángulo de la tierra se cumplen con más lirismo, los encendidos acentos de Fray Luis de León:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruidó
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo
han sido!

No es, sin embargo, la soledad de Farnetta una atmósfera deprimente. Los catadores de soledad —los hay, como el vino tiene los suyos— distinguen finos matices entre las diversas soledades y silencios. Existe el rotundo silencio de las cumbres envueltas en nubes; existe el austero silencio del desierto; se da el silencio penitente; el silencio de angustia; el silencio de la desolación, que sigue a las grandes catástrofes. Un buen catador de silencios y soledades diría que el silencio de Farnetta es suave, amable y ungido; silencio perfumado por el arrullo del agua cristalina y el estallido de las enredaderas en flor.

Es un silencio blando como la divinidad; sonoro, como la plenitud de toda vida interior; acogedor, como fresca gruta escondida en la selva.

Y eso es, en realidad, la Cartuja: palpitación de divinidad; resonancia; grieta sagrada.

La vida incomprendida del Cartujo

En ese marco, silente y perfumado, se desliza la vida cartujana, con la sencillez de los seres primitivos: el agua y la flor; con la plenitud de los seres concentrados: la luz y la montaña; con la estupenda paz de los seres de buena voluntad: el niño y el santo.

Vida, en lo exterior, austera, incomprendible para el mundano hedonista,

que no entiende sino de conservar y nutrir la opaca rotundidad de su vida mediocre.

Para ese mundano cegatón resulta un escándalo el que un cartujo renuncie voluntariamente al uso de la palabra, de por vida. Y no sabe él, que, a trueque de ello, entabla el cartujo su diálogo sonoro con el Dios que habita en la montaña. Escándalo es para el mundano, la generosa penitencia cartujana: larga cuaresma de seis meses, en la que se ayuna a pan y agua varias veces por semana; régimen de vida en que sólo se come una sola vez al día, y éso, en forma frugal y sin probar carne. Absurdos ¡crasa locura! Y no sospecha el miope hedonista que, en cambio, el espíritu se adelgaza y sutaliza, hasta convertirse en saeta escogida que perfora las alturas. ¿Para qué interrumpir el sueño, a media noche y malgastar las horas en largas oraciones? Y no comprende, embutido como está y sofocado en materia, que son esas las horas principescas en que el alma se abre de par en par, como abanico de colores, para empaparse de esencias trascendentes y para beber finos hilos de oración. ¿Para qué esos seres despegados del mundo, replegados en su interior, obsesionados por una manía suicida? E ignora que el rejo del sacrificio cotidiano abre, en el alma cartujana, abismos de comprensión acogedora y crea en torno de él una familia invisible: el escuadrón de las almas espirituales y de los blancos ángeles, que sincronizan donde quiera que estén, en el seno inmaculado de Dios.

Lo que el egoísta de profesión no entiende, lo comprendió de sobra Hernández. Por vocación y por instinto, enderezó la delgada punta de sus aspiraciones hacia la vida de escondida plenitud. Como el mercader evangélico, lo dió todo por adquirir la fina joya de la vida contemplativa.

Por eso, porque Hernández era un decidido contemplativo, un terco enamorado de la austera soledad, le costó lo indecible tener que abandonar ese remanso de vida angélica, para internarse, de nuevo, en lo gris, en lo baladí, en lo absurdo del rodar cotidiano.

Con humildad de santo, reconoce él, en la carta a que antes hemos aludido, que esa vida es superior a sus fuerzas. . . A sus fuerzas físicas: piénsese que Hernández sólo pesaba poco más de cuarenta kilos cuando ingresó en la Cartuja; a sus fuerzas espirituales: pues según él, aquel género de vida rebasaba dema-

siado sus merecimientos. Nada más elocuente que la lectura misma de la carta, que a continuación transcribimos.

En todo caso, y pese a las humildes afirmaciones de Hernández, hubo un designio más alto al sacarlo Dios de la Cartuja. Porque al volver entre nosotros, apareció, de cuerpo entero, el Hernández de la caridad, el Hernández irradiante de benevolencia y mansa comprensión, el Hernández envuelto todavía en impalpable atmósfera de silencio cartujano.

Carta del Doctor José Gregorio Hernández al Doctor César Dominici, en la que le explica por qué se vió obligado a abandonar la Cartuja de Farnetta.

Caracas, Oct. 7 de 1912

Mi muy querido amigo:

Tuve el grandísimo gusto de recibir tu carta y junto con ella la esperanza de que no dejarás, cada vez que tus ocupaciones te lo permitan, de comunicar con el amigo que más te quiere, casi puedo decir con tu único amigo.

Es verdad que he tenido que pasar por una crisis terrible que te quiero contar. Tú recuerdas que siempre he tenido el amor del convento. Con los años y a proporción que estudiaba la Iglesia en su dogma, en su moral y en su historia incomparable, aquel amor incipiente se desarrollaba como un árbol gigantesco y venía a orientar toda mi vida.

Formé entonces el proyecto de entrar en la Cartuja, que de todas las órdenes religiosas era la que me parecía más adecuada a mi espíritu un tanto contemplativo y amigo de la soledad. Y así lo hice; me desprendí de mi familia y le dije adiós a nuestra querida patria y

me dirigí ganoso a aquel lugar de penitencia y oración.

Lo que en la Cartuja encontré superó toda descripción. Ví allí la santidad en grado heroico, y te puedo asegurar que una vez visto ese espectáculo lo demás de la tierra se vuelve lodo.

Y en ese lugar celestial tuve yo la dicha de vivir nueve meses. Pero sucedió lo que era natural que sucediera al que cegado por la pretensión y apoyado en su vanidad había emprendido tan alto vuelo. Carecía de muchas de las dotes requeridas en el Instituto. No tenía las suficientes fuerzas físicas para resistir al frío, al ayuno y al trabajo manual, porque has de saber que yo me había ido en un estado de acabamiento físico tan grande que sólo pesaba noventa y siete libras. No tenía suficiente latín ni la demás ciencia indispensable para la profesión religiosa.

¡Qué caridad tan grande la de aquel Superior General que me soportó nueve meses viéndome tan incapaz! Al fin me dijo estas palabras que eran una sentencia, pero también una esperanza: Hijo mío, ya Ud. ve que no podemos recibirlo; vuélvase a su país y trate de adquirir lo que le falta.

Fué entonces que pasé por el terrible dolor de entrar nuevamente en el mundo. Y aquí estoy obedeciendo aquel mandato.

Yo he perdido casi la esperanza de volverte a ver en este mundo. A mi paso por París no tuve el valor de darte el adiós eterno. Tu permanencia en Berlín creo que será larga. Pero si nuestra amistad no la reanudamos en la tierra, para eso tenemos el Cielo.

De casa te saludan todos. Mil cariños a Inesita y a Pedro César cuando le escribas.

Tu amigo que te abraza,

José G. Hernández

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J.